ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS COLECCIONABLES DE REGALO!

FINARIA

LA SALVAJE SERPIENTE MARINA

DESTINO

FINARIA,
LA SALVAJE SERPIENTE MARINA

ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

DESTINO

Un agradecimiento especial a Brandon Robshaw

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Finaria. The Savage Sea Snake*
© del texto: Beast Quest Limited 2014
© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2014
© de la traducción: Teresa Muñoz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2019
ISBN: 978-84-08-21100-6
Depósito legal: B. 14.201-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

ENCONTRARSE CON UN MONSTRUO

Max observó los estantes que se alineaban en las paredes de hielo de la cueva. Había artilugios de todo tipo, aparatos eléctricos y armas, todo dispuesto sobre plataformas iluminadas de color amarillo. La gente de Arctiria se preocupaba más por la belleza que por cualquier otra cosa y aunque esta cueva era solo un lugar para almacenar

la tecnología confiscada, parecía más bien una galería de arte. Pero a Max no le preocupaba la apariencia del lugar. Ahora mismo tenía que encontrar lo que necesitaba, y rápido.

Según Jonah, el viejo fabricante de llaves al que habían conocido en esa tierra helada, los piratas se dirigían hacia la isla de Gustados. ¡Y Max tenía que llegar antes que ellos!

«Espero que *Rivet* mande refuerzos pronto», pensó. Su perrobot se había ido a Aquora para pedir ayuda, pero si los piratas, liderados por la terrorífica Cora Blackheart y con la ayuda del tío de Max, el Profesor, llegaban primero a Gustados, podrían hacerse con la llave que activaba el Ojo del Kraken.

Un arma que podría destruir ciudades enteras.

—¡Date prisa! —lo apremió Lia; los dientes le castañeteaban bajo su máscara anfibia—.

¡Me estoy congelando! ¡Y tenemos que llevar a *Spike* al mar!

Habían dejado al pez espada en la plaza principal de la ciudad bajo los cuidados de los arctirianos. Lia anhelaba regresar con su amigo antes de que los locales se encariñaran demasiado con él.

—Ya va, ya va —dijo Max—. Espera un momento.

El barco pirata, el *Orgullo de Blackheart*, era rápido. Muy rápido. Max no iba a poder alcanzarlo sin aumentar la velocidad a la que podía ir su moto acuática. Así que necesitaba encontrar un soldador. Rebuscó por las baldas, cogía artilugios y los volvía a dejar.

—Tiene que haber alguno por aquí… —Por fin encontró uno en un estante bajo. Lo cogió—. ¡Vamos!

—¡Por fin! —gruñó Lia—. ¡Perder el tiem-

po rebuscando entre toda esta basura de tecnología!

Max no se detuvo a discutir. Los dos amigos abandonaron la cueva y se alejaron tan rápido como pudieron por los largos túneles de hielo de Arctiria.

Finalmente llegaron a la plaza central, en medio de la montaña helada. Por todas partes había escombros de la batalla que se había producido recientemente contra la robobestia Nephro, la langosta. Había estatuas y fuentes destruidas, fragmentos de vidrio y trozos de mampostería. Un grupo de arctirianos, bellos, altos y azules, estaban limpiando y se agachaban con gracia para poner los desechos en bolsas plateadas. Cuando vieron a Max y a Lia fruncieron el ceño y se dieron la vuelta.

—¿Qué les pasa? —preguntó Lia.

—Seguirán enfadados porque su ciudad está en ruinas —supuso Max.

Spike todavía se encontraba en la pequeña piscina donde lo habían dejado. Un par de arctirianos estaban arrodillados a su lado y le tiraban agua por encima, susurrándole cosas al oído y acariciándolo. Cuando vio a Lia, el pez espada la saludó con el hocico.

—No te preocupes, *Spike*, ¡ya casi estamos listos! —dijo Lia—. Échame una mano, Max.

El animal no podía respirar fuera del agua, así que necesitaban llevarlo al mar rápido. Entre todos empezaron a sacarlo de la piscina, Max lo sujetaba por la cola. Pesaba bastante y además resbalaba y estaba muy mojado.

Una de las arctirianas, una elegante y esbelta mujer de piel azul brillante, chasqueó la lengua mientras Max y Lia se llevaban al pez espada.

—¿Por qué sacáis a esta preciosa criatura de su espacio natural? —soltó la mujer. Su voz era clara y pura como los diamantes.

—¡Su espacio natural es el mar! —la corrigió Lia—. No una lujosa ciudad de hielo. Y lo estoy devolviendo a donde pertenece.

—¿Por qué no lo dejáis con nosotros? —preguntó la arctiriana—. Es precioso, debería vivir con criaturas hermosas, como nosotros.

—Oye… —empezó Lia, pero Max le tocó el brazo.

—No sirve de nada discutir con ellos. Llevémonos a *Spike* y larguémonos de aquí.

—¡Se viene con nosotros! —le dijo Lia a la arctiriana—. ¡Y no intentéis detenernos o tendréis problemas!

La mujer azul levantó las manos horrorizada.

—«Problemas» es una palabra fea. Llévate a tu pez, si es lo que tienes que hacer. —La mujer suspiró—. Es muy bello.

—En eso tienes razón —admitió Lia.

—Y ahora —dijo la arctiriana—, tenemos que volver al trabajo: limpiar y restaurar nuestra preciosa y encantadora ciudad, la que destrozasteis con vuestra batalla contra la langosta de hielo.

—Encantados de haber podido ayudar —dijo Max, mientras Lia ponía los ojos en blanco.

La verdad era que ellos habían salvado la ciudad y a su gente de una destrucción total.

Cargando a *Spike*, Max y Lia se apresuraron para llegar al túnel de hielo que llevaba a la cascada. Algunos arctirianos emitieron suaves y lentas ondas cuando pasaron. Pero Max escuchó a uno que decía: «Me alegraré cuando se hayan ido. ¡Apenas puedo soportar mirar a esas horrendas criaturas!».

Vio cómo Lia apretaba la mandíbula.

—Si no tuviéramos tanta prisa por llevar a *Spike* al agua…

—Ya, pero la tenemos —la cortó Max—. ¡Salgamos de aquí!

Jonah, el fabricante de llaves, los estaba esperando al filo del agua. Llevaba una larga túnica sobre sus encorvados hombros y su

barba blanca estaba salpicada de cristales de hielo. El mar azul oscuro atizó el embarcadero donde la moto acuática de Max estaba atracada.

Lia y Max tiraron inmediatamente a *Spike* al agua, y este empezó a dar vueltas jugueteando, contento, sin que pareciera que el frío le preocupara.

—Los piratas han partido hacia Gustados, al suroeste —informó Jonah, señalando en esa dirección—. Os llevan ventaja, así que tendréis que apresuraros. Tu moto acuática está lista.

—¡No del todo! —dijo Max. Se arrodilló al lado de la moto y abrió la tapa del motor. Con el soldador modificó la configuración de la potencia—. ¡Ahora sí! La última vez que usé el turbo, casi nos estrellamos contra el barco. Esta vez va a ser un poco más fácil de controlar.

Lia estaba dando golpecitos con el pie, impaciente.

—¿A qué estamos esperando?

—A nada —dijo Max—. ¡Monta!

Él se subió a la moto, y Lia se colocó detrás de él. Max se puso los auriculares del intercomunicador para atender las órdenes de su padre, Callum, el jefe de Ingenieros de la Defensa de Aquora. *Spike* nadó a su lado mientras Max aceleraba en dirección suroeste.

—¡Adiós! —los despidió Jonah—. ¡Id con cuidado! Cora Blackheart es peligrosa.

—Lo sé —dijo Max.

Se despidió con la mano y aceleró. El motor rugió mientras se alejaban a través de las olas, tan rápido que *Spike* tenía dificultades para seguirlos.

Lia todavía llevaba puesta su máscara anfibia, así que Max decidió quedarse en la

superficie durante un rato. Le gustaba notar el viento en el pelo y la brisa en la cara. Había pasado tanto tiempo bajo el agua desde que había adquirido el don de los merryn que a veces se olvidaba de lo que era llenarse los pulmones de aire. «¡La misión continúa!», pensó, y la emoción creció en su interior.

Al cabo de un momento se acordó de su madre. Llevaba desde que era niño sin verla, y en Arctiria pensó que la había encontrado. Sin embargo, resultó ser un clon malvado, no la persona real… y Max se había visto forzado a dejar caer al clon por un acantilado. De todas formas, todavía le quedaba la esperanza de que, en algún lugar, su madre siguiera con vida.

De repente, Lia le tiró del brazo.

—Mira. Ahí está el *Orgullo de Blackheart*, ¿lo ves?

Max localizó el bulto negro del que le hablaba su amiga. La luz del sol hacía que sus largos flancos de metal llenos de calaveras pintadas relucieran. El corazón le empezó a latir con más fuerza.

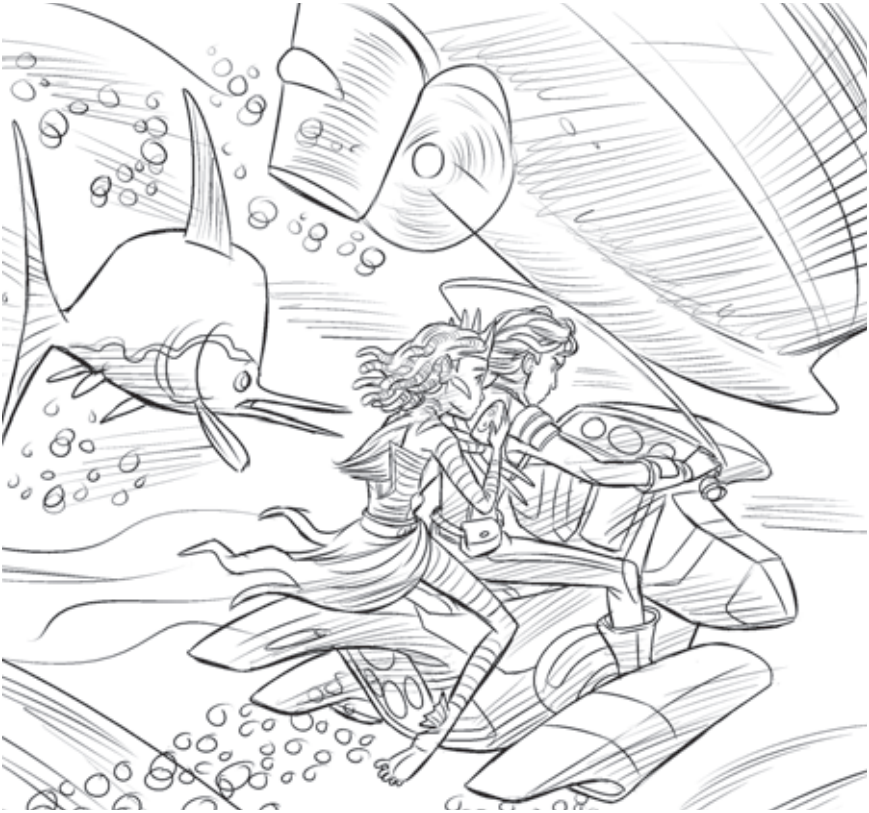
—Será mejor que nos sumerjamos —dijo él—, así podremos adelantarlos sin que nos vean.

—¡Genial! Será un alivio respirar agua pura otra vez.

Max sonrió e inclinó el manillar hacia delante. La moto acuática se hundió entre las olas. *Spike* se zambulló junto a ellos y el mundo pasó a ser de un profundo color azul verdoso. Lia se quitó la mascarilla y la guardó en la alforja lateral de la moto.

—¡Síííí! —dijo Max, con una voz que bajo el agua se parecía más a la de los merryn.

Cuando adelantaron la oscura parte inferior del *Orgullo de Blackheart*, Max levantó



el puño. El motor turbo estaba funcionando a la perfección.

De repente, el auricular de Max chisporroteó.

—¡MAX! ¡CALLUM VINIENDO! ¡CON BARCOS!

—¡Hola, *Rivet*! —respondió Max, contento de oír la voz de su mascota. El perrobot

había logrado su misión: traía al padre de Max y la flota de Aquora para luchar contra los piratas—. Dile a papá que dirija la flota hacia Gustados tan rápido como pueda. Nos encontraremos allí.

—¡SÍ, MAX! ¿*RIVET* BUENO?

—Sí. Eres un buen perrobot.

Apagó el intercomunicador.

—Están de camino —le confirmó a Lia—. Pero los piratas atracarán en Gustados antes que ellos. Tenemos que entretenerlos hasta que mi padre llegue con la flota.

Lia asintió, seria.

El agua estaba volviéndose algo más tibia a medida que se alejaban del *Orgullo de Blackheart* y los mares helados del norte de Arctiria quedaban atrás. En la distancia, Max vio una masa de roca oscura que se elevaba desde las profundidades hasta la superficie.

—Eso debe de ser Gustados —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Lia, mirando por encima del hombro.

El agua se volvió turbia de repente. Estaba llena de arena removida que se le metió a Max en los ojos y lo hizo parpadear. Una corriente arremetió contra la moto acuática y la zarandeó hacia arriba y hacia abajo, y sacudía a Max de un lado al otro.

—¡Ay, no! —gritó Lia.

Max miró hacia donde ella señalaba con el dedo.

Con horror, vio una larga y oscura forma que se desplazaba por el agua cerca de ellos. «¡Una serpiente marina!» Pero era gigantesca, la más grande con diferencia que hubiera visto en su vida. Su cuerpo era morado con motas verdes, y sus ojos, situados a ambos lados de la cabeza, amarillos. Tenía púas de metal por todo el cuello y por los costados. «La siguiente robobestia del Profesor —pen-

só Max, con el estómago revuelto—. No puede tratarse de otra cosa.»

La serpiente marina abrió su enorme boca y mostró una fila de dientes encorvados y afiladísimos.

Y se estaba acercando a ellos usando la cola para impulsarse.